

CUADRO V.

El campo de Carlos I.^o A la derecha la tienda real cerrada con una ancha colgadura, y en esta las armas de Inglaterra y de Escocia. A la izquierda una casa, cuyo piso bajo está cerrado con una ventana de enverjado de hierro, y por una puerta a la cual se sube por tres escalones. La ventana está torciendo a la izquierda: en el fondo paisaje de planicies y montañas.

ESCENA I.

DE WINTER acostado en su capa delante de la entrada de la tienda del rey. ARAMIS conversando con un centinela; luego ATHOS, despues MORDAUNT, como jefe de patrulla; un centinela, D'ARTAGNAN, PORTHOS; el REY en su tienda; GROSLOW, un sargento, soldados &c.

ARAM. (Al centinela.) ¡Conque decíais que hace dos años que no os pagan?

CENT. Sí señor, y por Dios que es bien cruel, con una guerra como la que hacemos.

ARAM. Teneis razon; pero es preciso no desesperarse. Cuando el rey Carlos vuelva á subir al trono, ya sabrá recompensar con usura á sus fieles escoceses.

CENT. Sí, si es que vuelve.

ARAM. No desconfiemos de que Dios dará la victoria á la causa de la justicia.

ATHOS. [Adelantándose vivamente por detras de la casa.] ¡Aramis!

ARAM. ¡Qué ocurre?

ATHOS. Pronto, es preciso prevenir al rey sin perder un instante.

ARAM. ¡Qué sucede, pues?

ATHOS. Seria muy largo de contar.... ¡adónde está de Winter!

ARAM. Muy cerca. (Dando un escudo al centinela.) Tomad, amigo; ahí teneis un escudo para que bebais á la salud del rey.

CENT. Venga muy en hora buena. Hace muchísimo tiempo que no veia el compañero del último que ha pasado por mis manos.

ATHOS. (Tocando á Winter por la espalda.) ¡De Winter! ¡De Winter!

DE WIN. (Despertando.) ¡Ah! ¡sois vos, conde! ¡vos, caballero! ¡Habeis observado qué rojo estaba el sol esta tarde al ponerse!

ATHOS. Milord, en una posición tan precaria como la nuestra, no es el cielo, sino la tierra, la que debemos observar. ¡Habeis estudiado á nuestros escoceses!

DE WIN. ¡Qué escocés!

ATHOS. ¡Me gusta la pregunta! ¡Cuánles serán los nuestros, los escoceses del conde de Loeven?

DE WIN. No.

ATHOS. ¡Y estais seguro de su fidelidad?

DE WIN. ¡Qué duda tiene! [Se oye la marcha de una patrulla.] Ved con qué regulari-

dad se hace el servicio. (Se oye dar la hora de lejos al reloj.) Oid, las siete.... y al sonar la campana, se relevan los centinelas.

ATHOS. En efecto.... (Se relevan sucesivamente los centinelas, y en fin el centinela se acerca á la tienda del rey Carlos.)

CENT. ¡Quién vive!

MORD. (Como jefe de patrulla.) Carlos y lealtad.... ¡Cual es vuestra consigna?

CENT. No permitir que se acerquen á la tienda del rey, mas que aquellos que den el santo y la seña. (El jefe de la patrulla dando una bolsa al centinela.)

MORD. Tomad, ahí teneis lo ofrecido.

ATHOS. [Que ha escuchado.] ¡Dinero!

DE WIN. (A Aramis mientras que Athos da algunos pasos para asegurarse que la patrulla se alja.) Decidme, caballero, ¡no es una tradicion en Francia, que la víspera del dia en que fué asesinado Enrique IV, al jugar al ajedrez con el señor de Bassompierre, vió sobre el tablero unas manchas de sangre!

ARAM. Sí, milord, y el mariscal mismo, siendo yo jóven, me ha referido muchas veces esa especie.

DE WIN. Y el dia siguiente mataron á Enrique IV.

ARAM. Pero, ¡qué tiene que ver aquella vision con vos, conde!

DE WIN. Ninguna... ¡pero no ignorais, caballero, que el hombre mas fuerte y animoso, tiene en la vida ciertas horas de tristeza, en las que no es dueño de sí mismo; mas no hablemos de eso. ¡Teneis algo que comunicarme, conde!

ATHOS. Quisiera hablar al rey.

DE WIN. Como ha trabajado una gran parte de la noche, ahora duerme.

ATHOS. Advertid, milord, que tengo que comunicarle cosas de la mas alta importancia.

DE WIN. ¡No podrian diferirse para mañana!

ATHOS. No: es preciso que las sepa ahora mismo, y tal vez es ya demasiado tarde.

DE WIN. [Alza la cortina de la tienda.] Entonces, entrad.

[A la luz de una lámpara se ve una mesa con muchos papeles. El rey duerme apoyado en esta mesa.]

ATHOS. [Suspirando.] ¡Sire!....

REY. (Despertando.) ¡Sois vos, conde!

ATHOS. Sí señor.

REY. Vos velais mientras yo duermo, y venis sin duda á traerme alguna noticia.

ATHOS. ¡Ah!... sí: V. M. ha acertado.

REY. Segun eso, la noticia es mala.

ATHOS. Sí Sire.

REY. (Levantándose.) No importa: el mensajero es siempre bien recibido; y vos no podeis entrar en mi tienda, sin causarme una verdadera satisfaccion, porque vuestra adhesion hácia mí, es superior á todo elogio, no conoce patria y resiste á las desgracias: y porque vos me habeis sido enviado por mi querida Enriqueta, á quien Dios haga allá en su patria, mas feliz de lo que yo soy aquí.

Hablad pues, con confianza, caballero.

ATHOS. Señor, Cromwell llegó ayer á Newcastle.

REY. Lo sé.

ATHOS. ¡Y tambien sabe V. M. el objeto de su venida!...

REY. Vendrá á batirme.

ATHOS. No, á compraros.

REY. ¡Qué decís, conde!

ATHOS. Al ejército escoces se le deben cuatrocientas mil libras esterlinas.

REY. Sí, de pagas atrasadas.... Dos años ha que mis valientes y fieles escoceses, se baten por el honor.

ATHOS. Aunque el honor es una magnífica cosa, ya ellos están cansados de batirse por él, y esta noche....

REY. ¡Y bien esta noche!....

ATHOS. Esta noche acaban de vender á V. M. por doscientas mil libras esterlinas, es decir, por la mitad de lo que se les debia.

DE WIN. ¡Qué es lo que dice?

ARAM. Me lo sospechaba.

REY. ¡Los escoceses me han vendido!.... ¡imposible!.... los escoceses vender á su rey por doscientas mil libras!

ATHOS. ¡Qué os admira! Los judíos vendieron á su Dios por treinta dineros.

REY. ¡Y quién es el Judas que ha hecho la venta!

ATHOS. ¡El conde de Loeven!

REY. ¡Y á quién la ha hecho?

ATHOS. Al secretario de Cromwell.

DE WIN. ¡A Mordaunt!

ATHOS. Sí, milord.

REY. ¡No es ese, de Winter, aquel jóven que me persigue con tanta tenacidad como encarnizamiento!

DE WIN. ¡Ay de mí él!....

REY. ¡Qué le he hecho yo, pues! No me acuerdo si....

DE WIN. A pedimento mio, V. M. lo ha declarado bastardo; le ha prohibido pretender la herencia de su padre y llevar su apellido.

REY. Ahora me acuerdo, es cierto. No hice en eso mas que justicia, y no me arrepiento. Decíais, señor conde....

ATHOS. Que como estaba acostado cerca de la tienda del conde de Loeven, lo he visto y lo he oido todo.

REY. ¡Y cuándo debe consumarse esa odiosa venta!

ATHOS. Esta noche misma; por consiguiente, ya ve V. M. que no hay tiempo que perder.

REY. ¡No hay tiempo que perder! ¡Y de qué serviria el que falta, si decís que estoy vendido!

ATHOS. Serviria para aprovecharnos de la noche, Sire, atravesar el Tyne y reunirnos en Escocia con lord Montrose que no os venderá.

REY. ¡Y que haré yo en Escocia! una guerra de insurgente! Semejante guerra conde, es indigna de un rey.

17—TEATRO.

ATHOS. El ejemplo de Roberto Bruce está ahí para absolveros, Sire.

REY. No, conde, no; ya hace mucho tiempo que lucho, y tengo agotadas mis fuerzas. Me han vendido, ¡no es verdad! Pues que me entreguen á mis enemigos, y que la vergüenza de su traicion caiga un dia sobre sus cabezas.

ATHOS. Quizás, señor, esí as como debe hablar un rey; pero no es así, por cierto, como debe obrar un esposo, y un padre. Sire, nosotros hemos atravesado el estrecho; hemos venido á vos, en nombre de vuestra esposa y de vuestros hijos; pues bien, yo os digo ahora. Venid, señor Dios así lo quiere.

REY. Triunfais, conde. ¡Y ahora que me aconsejais!

ATHOS. Hay en todo el ejército de V. M. un regimiento.... uno solo con que poder contar.

REY. De Winter, ¡creeis en la fidelidad del vuestro!

WIN. Son hombres, Sire, y.... esos hombres se han vuelto muy débiles ó muy pícaros. Yo creo en su fidelidad; pero no respondo de ellos; no vacilaria en confiarles mi vida; pero no me atrevo á confiarles la de V. M.

ATHOS. Entonces no contemos mas que con nosotros: somos tres hombres decididos y resueltos, y bastamos para esta empresa. Monte V. M. á caballo; colóquese en medio de nosotros, y en pocos momentos atravesaremos el Tyne, ganaremos la Escocia, y nos salvaremos.

REY. ¡Opiniais lo mismo, de Winter!

DE WIN. Sí, Sire.

REY. Y vos señor d'Herblay.

ARAM. Lo mismo, Sire.

REY. Hágase como deseais, partamos.

ATHOS. Todavía no, Sire.

REY. ¡Y por qué no!

ATHOS. Los centinelas que están á la puerta de la tienda, al ver que V. M. sale, podrian dar la voz de alarma; y ante todas cosas es indispensable relevarlos.

REY. ¡Los centinelas!

ATHOS. Acabo de ver, Sire, al oficial que los colocaba en sus puestos, darles dinero en abundancia.

REY. ¡Qué es lo que me pasa!

DE WIN. ¡Y cómo relevarlos!....

ATHOS. ¡No podeis contar, milord, siquier con cuatro hombres!....

DE WIN. Sí, entre los de mi servidumbre.

ATHOS. Pues id por ellos y demos el golpe.

DE WIN. Voy. (Vase.)

ARAM. ¡Entre tanto, conde, qué es lo que haremos?

REY. Vamos caballeros, á ocupar el tiempo en algo. [Dirigese á un armario y toma dos planchas de la órden de la Jarretierre.]

ATHOS. ¡Qué haceis, señor!

REY. Arrodiillaos, conde.

ATHOS. Esas órdenes, Sire, no pueden ser para nosotros.

REY. ¡Y por qué no!

ATHOS. Porque esas órdenes son casi reales.

REY. Dirigid una mirada á todos los reyes del mundo, mis hermanos, que me abandonan en tan crítico momento, y señaladme uno solo de ellos, que tenga un corazón mas grande y mas noble que los vuestros. No caballeros, vos no os haceis justicia, y mi deber es hacérosela. Arrodiadlos, conde.

ATHOS. Ya que así lo ordenais....

REY. [Sacando la espada.] Yo no os diré, os hago caballero, sed valiente, fiel y leal; pero os diré, sí: sois valiente, fiel y leal, y yo os hago caballero. Ahora vos, señor d'Herblay.

[Aramis se pone de rodillas, y en el momento mismo de Winter se presenta en el fondo con cuatro hombres.]

CENT. ¿Quién vive?

DE WIN. Carlos y lealtad.

CENT. Avanzad.

ARAM. Gracias, Sire. [Levantándose.]

ATHOS. [Estendiendo la mano hácia los centinelas.] Oíd. [Durante este tiempo de Winter y sus hombres se han apodarado de uno de los centinelas, pero el otro que ha oído el ruido, enristra su pica.]

CENT. ¿Quién vive?

ARAM. [Que ha salido de la tienda metiéndole por detrás de ella su puñal sobre el pecho.] Si hablas una palabra, mueres.

ATHOS. [A los hombres de Winter.] Llevo esos dos centinelas, y no los perdais de vista.

ARAM. Y á la primer palabra, á la primer señal, ó al primer gesto que ellos hagan, para dar la voz de alarma, matadlos.

DE WIN. Ahora, Sire, ya estamos listos. [Se llevan los dos hombres.]

REY. ¿Con que es preciso huir?

ATHOS. Huir por medio de un ejército, Sire, se llama en todo país del mundo, cargar.

REY. Vamos pues, caballeros.

DE WIN. [A Aramis.] Está herido alguno de nosotros? Yo veo en el suelo algunas gotas de sangre.

ATHOS. [Que ha dado algunos pasos hácia fuera.] Escuchad, Sire, escuchad.

REY. ¿Qué ocurre ahora?

ATHOS. Oigo pasos de tropa.... y oigo también el relincho de los caballos.

ARAM. Ya es tarde, estamos cercados por todas partes.

DE WIN. [Da dos pasos hácia delante; mientras que el rey y sus dos compañeros escuchan. Vuelve luego y dice.] Es el enemigo.

REY. Todo está perdido.

ATHOS. Queda todavía un recurso, Sire.

REY. ¿Cuál?

ATHOS. El disfraz: el traje de V. M. es demasiado conocido. Tome V. M. cualquiera de los nuestros, y dénos el suyo; y entre tanto que los enemigos se entretienen con aquel que creerán ser el rey; tal vez el rey conseguirá salvarse.

ARAM. El ardid es bueno, Sire, y si V. M.

se digna hacer á alguno de nosotros este honor....

REY. ¿Qué os parece, de Winter?

DE WIN. Si aun hay algun medio de salvaros, creo que el único es el que acaba de proponeros el conde de la Fére.

REY. ¿Pero como he de consentir yo?... Al que se ponga en mi lugar, le espera, si no la muerte, la prision por lo menos.

DE WIN. Le espera el honor de haber salvado á su rey.... Elegid, Sire.

REY. Venid de Winter.

DE WIN. ¡Oh! ¡gracias mi rey!

ATHOS. No estraño que lo prefiera; hace mucho tiempo que le sirve.

ARAM. Apresuraos, Sire; entretanto, nosotros guardaremos la puerta de vuestra tienda. [Ponerse ambos de centinelas con la espada en la mano. Entre tanto el rey da á de Winter su cordón del santo Espiritu, su sombrero y su capilla. De Winter da al rey en cambio los mismos objetos, y ademas la coraza de cobre. Al instante en que el cambio se efectúa, y en que el rey sale por el fondo de la tienda se ve venir una patrulla compuesta de seis hombres.]

ARA. ¿Quién vive?

ATHOS. ¿Quién vive?

D'ART. [A Mordaunt en el fondo.] Vaya, señor, que vuestro país es un país singular y raro. Aquí en tiempo de guerra, se saca siempre la bolsa, y no se tira nunca de la espada.

PORT. Parece que es costumbre inglesa.

MORD. Ya veis que el campo es nuestro; y para nosotros lo mismo es ganarlo con la espada, que comprarlo con el dinero.

D'ART. En efecto, es igual; pero no por eso deja de ser esta una guerra rara.

ATHOS Y ARA. ¿Quién vive?

MORD. Carlos y lealtad.

ATHOS Y ARA. ¡Alto ahí!—¡Atras!

MORD. ¿Cómo, atras!

D'ART. Así me gusta: en fin, esto empieza á complicarse, y ya yo tambien empiezo á creer que tiraremos de la espada.

MORD. ¿Quién, pues, ha cambiado la órden?

ARA. El rey.

MORD. ¿Y por qué?

ATHOS. Porque sois unos traidores.

D'ART. ¿Cómo traidores!....

PORT. Sí, creo que ha dicho traidores.

D'ART. Hé ahí, señores, una palabra un poco fuerte. Y nosotros vamos, si no me equivoco, á volvéroslo hacer entrar en el gargüero.

ARA. Venid, pues.

MORD. ¡Bien! haced frente, caballeros; nosotros á la tienda del rey. [A su gente.]

[Athos pelea con d'Artagnan, Aramis con Porthos. Los cuatro son de igual fuerza. Repentinamente Mordaunt, se presenta en el fondo de la tienda: los hombres que siguen á Mordaunt, apresan á Winter y gritan.] ¡El rey, el rey!

MORD. No lo mateis, cogedlo vivo....

[Mirando á Winter que creía el rey, dice:] ¡No, no es el rey!—Os engaiais; no es ver-

dad, milord de Winter, que no sois el rey! ¡No es verdad, milord de Winter, que vos sois mi tío?

WIN. [Retrocediendo delante de Mordaunt.] ¡El vengador!

MORD. Acuérdate de mi madre. [Lo mata de un pistoletazo.]

[A la luz de las hachas los cuatro amigos se reconocen, pasan la espada á la mano izquierda y dicen al mismo tiempo.]

LOS CUATRO. ¡Moscueteros!

D'ART. [Bajo.] Rendíos, Athos,—rendiros á mí, no es rendirse.

PORT. ¡Aramis, comprendéis!

ARA. Me rindo.

MORD. [Arrodillado cerca del cuerpo de Winter.] Ván dos.

ATHOS. [Señalando á Mordaunt.] ¿Veis ese jóven?

D'ART. ¿El hijo de Milady, no?

PORT. ¿El fraile?

ARA. Sí.

D'ART. No digais ni una palabra, no hagais ni un solo gesto; no aventureis ni una mirada, ni sobre mí, ni sobre Porthos, porque Milady no ha muerto, y su alma vive en el cuerpo de ese demonio. [Durante este tiempo, el rey ha sido cercado y arrojado sobre el proscenio.]

REY. ¿Quién de vosotros se atreverá el primero á tocar á su rey?

GROS. [Entrando.] Carlos Estuardo, entregadme vuestra espada.

REY. Coronel Groslow, el rey no se rinde—el hombre cede á la fuerza... eso es todo. [Rompe su espada.]

GROS. Victoria, señores, el rey está en nuestro poder, está prisionero.

MORD. [Volviéndose.] ¡El rey! ¡ha caido el rey!

MUCHAS VOCES. Sí, sí.

MORD. Muy bien, no nos falta mas que.... [Ve á los cuatro amigos.]

ATHOS. Nos ha visto.

ARA. Dejad que lo quite de en medio.

D'ART. [Mirando á sus amigos.] ¡Bravo! [A Mordaunt.] ¡Buena presa, amigo Mordaunt! ¡Buena presa! Tambien por acá se ha hecho algo. El señor Duvalon y yo, tenemos cada uno el nuestro, y nada menos que dos caballeros de la Jarretiere.

MORD. Me parece que estos son franceses....

D'ART. Unos franceses....

ATHOS. Sí, yo soy frances....

D'ART. ¿Y que tiene de particular!.... Son unos prisioneros compatriotas.

REY. [A Athos y Aramis.] Salud, caballeros... La noche ha sido bien desgraciada; pero gracias á Dios, la culpa no ha sido vuestra.... ¿Adónde está mi viejo de Winter?

MORD. Búscalo, en donde está Strafford.

REY. [Percibiendo el cadáver.] En efecto, como Strafford, ha recibido el pago de su fidelidad. [Se arrodilla delante de Winter, levanta su cabeza y lo besa en la frente.] Adios corazón fiel, que has ido á buscar allá arriba

la recompensa de tu adhesion, y á prepararme la corona del martirio. ¡Adios!

D'ART. ¡Conque han matado á de Winter!

ATHOS. Sí, lo mató su sobrino.

D'ART. Pues ya ese está despachado, y es el primero de todos; que la tierra le sea leve: era un valiente.

REY. Ahora, señores, llevadme adonde querais.

GROS. La órden del general Cromwell, es llevaros á Lóndres.

REY. ¿Y cuándo?

GROS. Ahora mismo.

REY. Vamos, pues.

ATHOS. [Al rey que parte.] Salud á la majestad caida.

D'ART. ¡Voto á San Jorge, Athos! vos hareis que nos degüellen á todos.

MORD. [A d'Artagnan y á Porthos.] Vamos, señores, á ver al general, que tendrá muchas gracias que daros.

D'ART. Con mucho gusto, señor; pero ante todo, es preciso que los prisioneros queden bien asegurados. ¿Sabeis que cada uno de ellos vale cuatro mil escudos lo menos?

MORD. No tengais cuidado; mis soldados los custodiarán y los custodiarán bien: os respondo de ello.

D'ART. No quisiera yo darles ese trabajo, porque yo mismo los custodiaré algo mejor. Y bien mirado, ¿qué es lo que se necesita para cuidar á unos prisioneros de este jaez? poco mas que nada; una buena sala así como esta, con sus verjas de hierro, y algun centinela para cubrir el espediente; lo que es mas sencillo todavia, con su simple palabra de que no se escaparán, basta; porque en nuestro país dice un proverbio; la palabra vale el juego. En fin, señores, yo voy á arreglar todo esto; y luego que lo haya arreglado, tendré el honor de presentarme al general, pidiéndole sus órdenes para volverme á Francia.

MORD. ¿Segun eso, pensais partir muy pronto?

D'ART. Nuestra comision está concluida, y ya nada tenemos que hacer en Inglaterra, si no es admirar al grande hombre cerca del cual hemos sido enviados.

MORD. Muy bien, caballeros. [Dirigiéndose á un sargento.]

SARG. Harry, id por diez hombres; guardad con ellos esta puerta; y no dejeis bajo ningun pretexto, salir de aquí á esos dos prisioneros.

SARG. ¿Y esos otros dos?

MORD. Están libres. ¿Conoceis bien esta casa?

SARG. Ya otra vez he estado aquí de faccion.

MORD. ¿Tiene otra salida?

SARG. No.

MORD. ¿No se pueden escapar?

SARG. Imposible.

MORD. ¿Perfectamente! ¿Sabeis en dónde está el general Cromwell?

SARG. Me parece que en Newcastle.

MORD. [Saliendo.] ¡Mi caballo! ¡pronto!

¡mi caballo!... (Durante este tiempo, d'Artagnan ha hecho entrar á sus dos amigos en la casa, cierra y se guarda la llave en el bolsillo, y Porthos mira lo que hace.)

D'ART. Amigo Porthos, en tanto yo vigilo religiosamente el umbral de esta puerta, me vais á hacer el gusto... acercaos un poco mas para que estos dos bribones no oigan lo que hablamos... vais á hacerme el gusto de reunir á Grimaud, Mousqueton y Blaisois....

PORT. Es muy fácil, porque yo les tenia indicado un paraje en donde deben prepararnos la cena.

D'ART. Bien, con eso cenaremos mañana por la mañana. Id á encontrarlos, Porthos, y que á todo trance tengan listos los caballos detras de esta casa.

PORT. ¡Y por qué no pasamos aquí la noche!

D'ART. Porque la temperatura es mala.

PORT. ¡Bah! ¡bah!

D'ART. De veras, es tal cual tengo el honor de deciroslo.

PORT. Eso es otra cosa. [Se aleja y sale.] (D'Artagnan solo, sobre el escalon mas alto. El sargento Harry y su gente se colocan en frente de la casa.)

D'ART. Véamos ahora lo que hacen estos bribones.... (Baja un escalon.) ¡Hola, amigos! ¿os falta algo?... ¿Qué queréis!

SARG. Nada, señor.

D'ART. ¿Entonces, qué haceis ahí!

SARG. Tenemos orden de ayudaros á cuidar los prisioneros.

D'ART. ¿De veras! ¿Y quién os ha dado semejante orden!

SARG. El señor Mordaunt.

D'ART. Lo conozco en lo delicado y atento. Tomad, amigo mio.

SARG. ¡Y qué es esto!

D'ART. Una media corona para que bebais á salud del señor de Mordaunt.

SARG. Los puritanos no beben. [Se mete la moneda en la bolsa.]

PORT. [Saliendo.] Ya está hecho.

D'ART. ¡Silencio!

PORT. Si yo no he dicho qué es lo que está hecho.

D'ART. Valdria mas... mirad, Porthos, entrad y no salgais hasta que yo tamborilee sobre la puerta la marcha de los mosqueteros.

PORT. Bien, entraré;—pero y vos qué haceis aquí!

D'ART. ¡Yo! nada.... observo las fáculas de la luna.

ESCENA II.

DICHOS, CROMWELL que entra lentamente en la tienda por el fondo.

CROM. Esta tienda tiene dos puertas; por

la una ha salido Carlos Estuardo, y por ella se va al cadalso; por la otra he entrado yo, y por ella se va al trono. Héme aquí en donde él estaba, y tal vez, voy tambien caminando para donde él va. ¡Quién te lo hubiera dicho, orgulloso Carlos Estuardo, hace diez años, hace un mes, una hora ha, que aquí sobre esta mesa, con este papel preparado para tí, con esta pluma que tú has empapado en tinta, habia yo de escribir ahora á los reyes de Europa: "Carlos Estuardo ya no es vuestro hermano!" Escribamos. [Mordaunt aparece sobre la puerta de la derecha con un ligero movimiento de impaciencia.] Ya habia dicho que queria estar solo.

MORD. No creia que esa orden hablase, señor, con aquel que llamais vuestro hijo; sin embargo, si lo ordenais, me retiraré.

CROMW. ¡Ah! ¡sois vos, Mordaunt!... Ya que estais aquí, quedaos.

MORD. Tengo el honor de felicitaros....

CROMW. ¡Y por qué!

MORD. Por la prision de Carlos Estuardo.

Ahora vos sois el dueño de la Inglaterra.

CROMW. Mucho mejor lo era dos horas ha.

MORD. ¡Cómo así, general!

CROMW. Hace dos horas la Inglaterra necesitaba de mí para apoderarse del tirano, y ya el tirano está en nuestro poder. Me dijeron que han matado al coronel del regimiento de guardias de Carlos Estuardo que se habia disfrazado con su traje.

MORD. Sí señor.

CROMW. ¡Y quién!

MORD. Yo.

CROMW. ¡Cómo se llamaba!

MORD. Lord de Winter.

CROMW. Ese era vuestro tio.

MORD. Los enemigos de Inglaterra, los traidores no pertenecen á mi familia.

CROMW. [Con melancolía.] Sois un terrible servidor, Mordaunt.

MORD. Cuando el cielo lo tiene así decretado, los hombres no pueden ni alterar sus leyes, ni traficar con sus ordenes.

CROMW. [Inclinándose.] ¡Sois fuerte entre los fuertes!... retiraos....

MORD. Antes de irme, tengo, señor, si me lo permitís, algunas preguntas que haceros, y un favor que pediros.

CROMW. ¡A mí!

MORD. (Inclinándose.) A vos, señor. Porque yo vengo á vos, que sois mi héroe, mi protector y mi padre, para preguntaros; ¿estais, señor, contento conmigo! ¿Estais satisfecho de mis servicios!

CROMW. (Mirándolo con sorpresa.) En verdad que sí, porque desde que os conozco, no solo habeis hecho vuestro deber, sino que habeis ido mucho mas lejos. Me habeis servido como amigo fiel, como diestro negociador y como buen soldado; pero, ¡adónde queréis ir á parar con esa pregunta!

MORD. Solamente á deciros, mi lord, que es llegado el momento en que con una sola palabra podreis recompensar todos mis servicios.

CROMW. Teneis razon; me habia olvidado, en efecto, que todo servicio merece una recompensa; que vos me habeis servido, y que yo no os he recompensado.

MORD. Si queréis, señor, puedo estarlo al momento mismo, y aun mucho mas allá de mis deseos.

CROMW. ¡De qué modo!

MORD. ¡Accedereis á mi súplica!

CROMW. Sepamos primero cuál es, y si puedo....

MORD. Cuando concebais alguna idea y me encargábais de ponerla por obra, ¿os he dicho alguna vez, sepamos qué es lo que queréis y si fuere posible...?

CROMW. Y bien, Mordaunt, si es justo lo que pedís; yo os prometo que accederé á vuestra demanda.

MORD. Al caer el rey prisionero cayeron tambien con él dos caballeros; y yo os pido se me entreguen esos dos caballeros.

CROMW. ¡Son ingleses!

MORD. No señor, franceses.

CROMW. Creo que ellos han ofrecido un rescate considerable.

MORD. No sé si ellos han ofrecido ó no semejante rescate. Y aun cuando así sea....

CROMW. ¡Son amigos vuestros!

MORD. Precisamente, señor, esa es la verdad, son mis amigos, y amigos tan íntimos, que daria mi vida por las suyas.

CROMW. Pues bien, Mordaunt, te los cedo; están á tu disposicion: haz de ellos lo que quieras.

MORD. (Echándose á sus piés.) Gracias, señor, gracias. De hoy en adelante, podeis disponer de mi vida con mas franqueza todavia que hasta aquí; y cuando la perdiera por vos, aun así, no os pagaria. Gracias una y mil veces, señor, porque acabais de pagar con inaudita munificencia mis humildes servicios.

CROMW. Y qué, ¿no queréis ni mas recompensas, ni mas títulos, ni mas honores, ni mas grados!

MORD. No, milord, que ya me habeis dado cuanto darne podiais. Y desde ahora ya nada me debeis. (Se lanza fuera de la tienda.) ¡Ahí están los prisioneros! (Al sargento.)

SARG. Sí señor.

MORD. Conducidlos inmediatamente á mi alojamiento.

D'ART. ¿Qué mandais, caballero!

MORD. ¡Oh!—¡ahí estabais vos!

D'ART. Parece que sí.

MORD. ¿Entonces habeis oido!

D'ART. Sí; pero no he comprendido....

MORD. Pues he dicho á este hombre que lleve á los prisioneros á mi alojamiento.

D'ART. ¡A vuestro alojamiento, habeis dicho! ¡A ver! Tened la bondad de repetir-melo, y no os sorprenda mi curiosidad; porque debeis figuraros que naturalmente yo deseo saber por qué razon los prisioneros hechos por el señor Duvallon y el señor d'Artagnan, se han de llevar en casa del señor Mordaunt.

MORD. Porque los prisioneros me pertenecen, y puedo disponer de ellos á mi antojo.

D'ART. Dispensadme, creo que estais en un error: los prisioneros pertenecen á sus vencedores; y por esta razon, sin duda, os apoderasteis de vuestro señor tio, y lo habeis matado. Muy bien hecho; érais el dueño de su vida; nosotros podriamos hacer lo mismo con los señores de la Fère y D'Herblay, porque nosotros los hicimos prisioneros; pero no queremos matarlos, cada cual tiene sus mañas, sus gustos y sus ideas.

PORT. [Que escucha desde el interior.] ¡Oh! ¡oh!....

MORD. Sabed, caballero, que vuestra resistencia será de todo punto inútil; porque esos prisioneros los ha puesto á mi disposicion el general Oliverio Cromwell.

D'ART. ¡Vaya, señor Mordaunt! ¡y por qué no empezásteis por ahí! ¡Conque en efecto, venís de parte del señor Oliverio Cromwell, del ilustre capitán!

MORD. Sí señor.

D'ART. En ese caso nada tengo que replicar, acato sus ordenes, y en consecuencia disponed de los prisioneros.

PORT. ¡Qué demonios está diciendo este atolondrado!

MORD. ¡Gracias!

D'ART. Réstame no mas una ligera observacion que haceros. Si, como no lo dudo, el general Cromwell os ha hecho una cesion generosa de estos dos prisioneros, supongo que os habrá hecho tambien por escrito un acto en forma de esta donacion; un documento cualquiera.... Como por ejemplo, una esquelita para mí, una simple tira de papel que acredite que estais comisionado por él, que venís á su nombre. ¿Queréis enseñarme esa esquelita, ó presentarme esa tira!

MORD. Cuando yo os lo aseguro, señor, ¡me hariais la injuria de dudar de mi palabra!

D'ART. ¡Yo dudar de vuestra palabra! Dios me lo preserve! nada menos que eso. Pero debeis discurrir que para abandonar á mis compatriotas, necesito algun documento, alguna razon plausible; en fin, una excusa. Al volver á Francia, se me puede reprochar, verbj gracia, el que yo he vendido á mis compatriotas; y á tan grave acusacion, solo puedo responder satisfactoriamente, presentando la orden del señor Cromwell.

MORD. Teneis razon, y yo os daré esa orden.

PORT. ¿Qué dice este hombre!

MORD. Pero entretanto, me permitireis que se lleven los prisioneros.

D'ART. No os precipiteis; el general Cromwell está ahí, en la tienda del rey Carlos: este es un negocio de cuatro ó cinco minutos, y por cuatro ó cinco minutos mas ó menos, no debemos festinar negocio tan grave. [Tamborilea por la puerta con una varita.]

MORD. ¡Sabeis, caballero, que yo mando aquí!

D'ART. No, yo no lo sabia. [Sale Porthos y se coloca en el quicio.]

MORD. Teneis razon, y yo os daré esa orden.

PORT. ¿Qué dice este hombre!

MORD. Pero entretanto, me permitireis que se lleven los prisioneros.

D'ART. No os precipiteis; el general Cromwell está ahí, en la tienda del rey Carlos: este es un negocio de cuatro ó cinco minutos, y por cuatro ó cinco minutos mas ó menos, no debemos festinar negocio tan grave. [Tamborilea por la puerta con una varita.]

MORD. ¡Sabeis, caballero, que yo mando aquí!

D'ART. No, yo no lo sabia. [Sale Porthos y se coloca en el quicio.]

MORD. Y que si quiero con estos dos hombres....

D'ART. Despacio, señor, despacio.... veo por desgracia que á pesar de que hemos viajado juntos, no nos conocéis lo bastante. Nosotros somos franceses, somos caballeros, y somos capaces, el señor Duvallon y yo, de acabar con vos y con vuestros soldados; ¿no es verdad, señor Duvallon?

PORT. ¡Y tan verdad!....

D'ART. No os obstineis, pues, por el amor de Dios, señor Mordaunt, porque cuando alguno es obstinado conmigo, yo me obstino tambien. Y entonces.... y entonces me domina una terquedad feroz; y el señor Duvallon es todavía mas obstinado y mas terco, y mas feroz que yo. ¿No es así señor Duvallon?

PORT. Seguramente que soy mas obstinado, mas terco y mas feroz: esa es la palabra propia, feroz.

D'ART. Y esto es, sin que queramos hacer valer el que somos enviados del señor cardinal Mazarin, cuyo señor cardinal representa al rey de Francia. Lo que equivale á que en este momento representemos nosotros al rey y al señor cardinal; resultando de todo lo dicho que como embajadores, somos inviolables: cosa que el señor Oliverio Cromwell, que es tan profundo político, como gran general, debe comprender perfectamente bien.

MORD. Entonces, caballero, vamos á ver al general.

D'ART. De ninguna manera; no me atrevería á distraerlo de sus graves ocupaciones. Semejantes familiaridades os pueden estar bien á vos, que sois su secretario, su amigo... A vos que os llama su hijo....

MORD. En ese caso, iré yo; esperadme aquí, caballero.

D'ART. Pero como....

MORD. No perdais de vista á esos hombres.

SARG. Descuidad.

MORD. (Entra en la tienda y dice á Cromwell.) Señor....

CROMW. (Escribiendo.) Un instante, Mordant.... he concluido.

D'ART. Amigo Porthos, conservais siempre aquella famosa fuerza de muñeca que os hacia igual á Milon de Crotona?

PORT. Siempre.

D'ART. ¡Y haríais ahora, como en otro tiempo, un arco de una barra de fierro, y un tirabuzon con el mango de una badila?

PORT. Seguro.

D'ART. Entonces entrad. Estirad una de esas barras de la ventana, hasta arrancarla, ¿lo entendeis? hasta arrancarla de cuajo.

PORT. La arrancaré.

D'ART. Y luego saldrán por el hueco que deje la barra; primero Athos, luego Aramis, y vos en seguida.

PORT. ¡Pero y vos!

D'ART. Lo que es por mí, no tengais cuidado.

PORT. ¡Bueno! [Entra.]

CROMW. ¿Qué quereis Mordaunt?

MORD. Una orden por escrito para que se me entreguen los dos prisioneros, porque no quieren dárme los sin una orden firmada por vos.

CROMW. Pero....

MORD. Me prometisteis que se me entregarían esos hombres; ¿me los negareis ahora?

CROMW. De ningun modo. [Toma un papel y escribe.]

MORD. (Al sargento desde la tienda.) ¡Ahí están?

SARG. Sí.

MORD. ¿Todo está tranquilo? [En este momento baja Athos.]

SARG. Todo.

MORD. ¡Perfectamente! [Aramis sale á su turno.]

D'ART. ¡Y bien! (Entreabriendo la puerta.)

PORT. (A medio salir.) Ya está hecho.

D'ART. Bravo, Porthos.

CROMW. [A Mord.] ¡Hé ahí la orden!

D'ART. ¡Ya estais fuera?

PORT. Sí.

D'ART. Entonces, yo tambien á mi vez. (Entra y cierra la puerta con cerrojo.)

MORD. (Saliendo de la tienda.) Señor d'Artagnan.... Señor d'Artagnan.... aquí estoy, [sube los escalones.] Esta cerrada la puerta.

TIND. (Entra en la tienda.) General, esa mujer acaba de llegar al campo; ¿qué quereis que se haga con ella?

CROMW. Nada; puede irse donde le parezca, que nosotros no hacemos la guerra á las mujeres.

D'ART. (Que ha pasado por la ventana.) Servidor vuestro, señor Mordaunt.

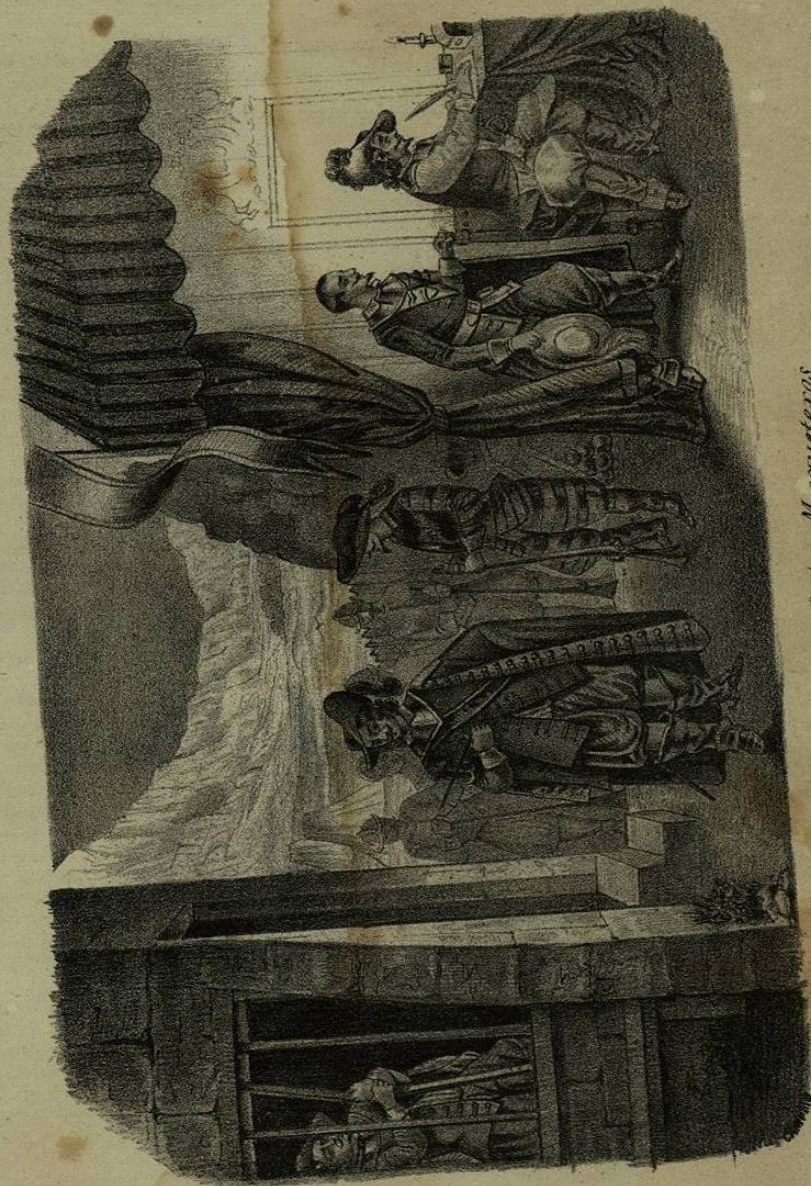
MORD. Señor d'Artagnan.... Sargento.... ¡Hola!.... ayudadme á echar abajo esa puerta. [La echan abajo.]

MORD. [Se lanza en el interior, y ve arrancada la barra de la reja.] ¡Oh.... á las armas.... á las armas!....

CROMW. (Lecantándose.) ¿Qué ha sucedido?

MORD. Esos hombres.... esos prisioneros.... esos demonios que se han escapado.... ¡A las armas!.... ¡A las armas! (Sale corriendo en seguida de una turba de soldados.)

CROMW. Me ha pedido estos dos hombres para matarlos. ¿De qué gente estoy rodeado?... ¿qué vil canalla son mis servidores!



La evasión de los Mousquetaires

ACTO TERCERO.
CUADRO VI.

La plaza del Parlamento. A la izquierda la fachada de la hospedería de la Cuerna del Ciervo. A la derecha la entrada del Parlamento.

ESCENA UNICA.

El pueblo *atravesando la escena.* TINDLEY, TOM
LOWE ATHOS, ARAMIS, D'ARTAGNAN,
EL REY, LA REINA.

TODOS. ¡Al parlamento! ¡al parlamento!
TIND. (*De centinela á la puerta del Parlamento.*) ¡Atras!

TOM. ¡Cómo ¡atras! ¡Se prohíbe al pueblo la entrada del parlamento! ¡Camaradas, abajo las puertas!....

TODOS. ¡Sí, abajo las puertas! [*Fuerzan la entrada y pasan á pesar de los guardias.*]

ATHOS. [*Sale de la hospedería con Aramis.*] Amigo, no puedo contenerme. El pueblo acaba de entrar al parlamento, y es preciso que nosotros juzguemos por nosotros mismos.

ARAM. ¡Y qué hará d'Artagnan, que aun no viene!

D'ART. [*En traje de obrero.*] Aquí estoy yo; aquí estoy. ¡Estamos listos!

ATHOS. [*Vestido como un hombre del pueblo.*] Sí, amigo mio.

ARAM. (*Vestido de paisano.*) No falta mas que Porthos que anda buscando un espejo. Vamos, Porthos.

D'ART. ¡Y qué os parecen los vestidos que os he proporcionado!

ATHOS. A mí me parecen horriblos.

ARAM. Y á mí que debemos oler á puritanos desde dos leguas.

D'ART. Y yo me siento inspirado, con unas ganas de predicar, ¡espantosas!

PORTHOS. (*Entrando.*) ¡Uff! siento frio en la cabeza. Esta maldita neblina me ha penetrado hasta los tuétanos á pesar de este villano vestido que encubre nuestro traje de mosqueteros.

ATHOS. (*A d'Artagnan.*) ¡Venís de la sesión!

D'ART. Sí.

ATHOS. ¡Y qué habeis sabido!

D'ART. Que hoy mismo se dará el decreto, y quizá se esté dando en este momento.

ATHOS. ¡Y quién lo dá!

D'ART. El parlamento puro.

ARAM. ¡Cómo el parlamento puro! pues qué, ¡hay dos parlamentos!

D'ART. Por parlamento puro, amigo mio, se entiende el parlamento que el coronel Prigde ha purificado.

ARAM. En verdad que estas gentes tienen

un ingenio sutil, y casi sobrehumano; cuando volvais á Francia, d'Artagnan, no sería malo que enseñáseis tan ingenioso medio al cardenal Mazarin y á su amable coadjutor, con eso, el uno purificará en nombre de la corte, y el otro en nombre del pueblo; y á fuerza de purificaciones, acabaremos porque no haya parlamento.

PORTHOS. ¡Y quién es ese coronel Prigde!

D'ART. El coronel Prigde amigo Porthos, es un ex-carretero, hombre de mucho talento, que cuando conducía su carreta y hallaba alguna piedra en el camino que le estorbaba el paso, creía mas fácil y mas cómodo quitar la piedra, que hacer pasar la rueda por encima de ella. Siguiendo este mismo sistema en política, y observando que en el parlamento habia doscientos cincuenta y un miembros, y que ciento noventa y uno le incomodaban, y podían volcar fácilmente su carro político, lo que hizo fué quitarlos, como hacia en otro tiempo con las piedras, y arrojarlos de la cámara, ó lo que es lo mismo, ponerlos fuera del camino.

PORTHOS. ¡Lindamente!

D'ART. ¡Empezais á persuadirlos, Athos, que esta es una causa perdida!

ATHOS. Mucho lo temo; sin embargo, estoy decidido á no variar de propósito.

D'ART. Y por consiguiente ni yo tampoco. Ya os acordais, Athos de nuestro convenio; á donde quiera que vayais, yo iré tambien; lo que vos hagais, yo tambien lo haré: seremos en lo futuro lo que hemos sido hasta aquí; tenemos un mismo corazon y debemós correr igual suerte; pero ya sabeis, Athos, que todo es con una condicion.

ATHOS. ¡Cuál!

D'ART. Que si alguna vez atrapo al señor Mordaunt entre mis uñas, ni vos intercederéis por él, ni os opondreis á nada de cuanto queramos hacer con su importante persona.

ATHOS. D'Artagnan, ¡y por qué estais irritado contra ese jóven!

D'ART. Por vida mia, que la pregunta es original. ¡Por qué me irrita tanto con una serpiente, con un tigre rabioso! Si vos le hubiérais visto como yo, mirar al rey Carlos de una manera feroz, con una cierta rabia convulsiva; si vos hubiérais sorprendido aquella mirada, como yo la he sorprendido, os juro Athos que vos habríais hecho amigos al señor Mordaunt sin piedad ni misericordia, porque aquella mirada siniestra y penetrante queria decir: "rey Carlos, yo te mataré como he matado al verdugo de Bethune, como he matado á mi tio." Cuando maté á de Winter le hemos oido decir: ya van dos. Cuidado, Athos, con que llegue á decir: ya van tres.

PORT. ¡Pero á qué hablar de eso, si ya está decidido lo que ha de ser!

ATHOS. Sí, dejémoslo, y tened la bondad de decirnos qué hay del rey. (*Rumores y gritos del pueblo.*)

PUEBLO. ¡Viva el parlamento!

TOM. (*saliendo del parlamento.*) ¡Condenado, condenado á muerte!